

# Picnic en Hanging Rock



LA SEÑORA APPLEYARD. *Directora del colegio Appleyard*  
LA SEÑORITA GRETA McCRAW. *Profesora de matemáticas*  
MADEMOISELLE DIANNE DE POITIERS. *Profesora de francés y de danza*  
LA SEÑORITA DORA LUMLEY Y LA SEÑORITA BUCK. *Profesoras más jóvenes*  
MIRANDA, IRMA LEOPOLD, MARION QUADE. *Alumnas de los últimos cursos*  
EDITH HORTON. *La alumna más torpe del colegio*  
SARA WAYBOURNE. *La alumna más joven*  
ROSAMUND, BLANCHE. *Otras alumnas*  
LA COCINERA, MINNIE Y ALICE. *Personal de servicio del colegio*  
EDWARD WHITEHEAD. *El jardinero del colegio*  
TOM, EL IRLANDÉS. *Encargado del mantenimiento del colegio*  
EL SEÑOR BEN HUSSEY. *De las Caballerizas Hussey, en Woodend*  
EL DOCTOR MCKENZIE. *Médico de Woodend*  
EL AGENTE BUMPER. *De la comisaría de Woodend*  
LA SEÑORA BUMPER  
JIM. *Un joven policía*  
MONSIEUR LOUIS MONTPELIER. *Un relojero de Bendigo*  
REG LUMLEY. *Hermano de Dora Lumley*  
JASPER COSGROVE. *Tutor de Sara Waybourne*

EL CORONEL Y LA SEÑORA FITZHUBERT. *Veraneantes en Lake View, Alto Macedon*

EL HONORABLE MICHAEL FITZHUBERT. *Sobrino de los anteriores, recién llegado de Inglaterra*

ALBERT CRUNDALL. *Cochero de Lake View*

EL SEÑOR CUTLER. *Jardinero de Lake View*

LA SEÑORA CUTLER

EL COMANDANTE SPRACK Y SU HIJA, ANGELA. *Ingleses alojados en la residencia del Gobernador, en Macedon*

EL DOCTOR COOLING, DEL BAJO MACEDON

*Y muchos otros que no aparecen en este libro.*

El lector tendrá que decidir por sí mismo si *Picnic en Hanging Rock* es una historia real o ficticia. En cualquier caso, semejante cuestión parece no revestir demasiada importancia, dado que el fatídico picnic tuvo lugar en el año 1900, y los personajes que aparecen en este libro llevan mucho tiempo muertos.

Todos estuvieron de acuerdo en que el día era perfecto para ir de picnic a Hanging Rock. La brillante mañana de verano había amanecido cálida y tranquila. Durante el desayuno, procedentes de los nísperos que daban a las ventanas del comedor, se escuchaban los estridentes cantos de las cigarras y el zumbido de las abejas que revoloteaban sobre los pensamientos que bordeaban el camino. Las enormes dalias habían florecido y se derramaban sobre los parterres, immaculados, y el césped, bien cortado, perdía poco a poco su humedad bajo el sol ascendente. El jardinero estaba regando ya las hortensias, aún a la sombra del ala en que se situaba la cocina, en la parte trasera del colegio. Las alumnas del colegio Appleyard para señoritas se habían despertado a las seis de la mañana, y se habían dedicado desde entonces a explorar el brillo del cielo, en el que no se veía una sola nube. Ahora aleteaban con sus muselinas de verano como una bandada de alborotadas mariposas, y no solo porque fuera domingo y se dispusieran a celebrar el tan esperado picnic anual, sino por-

que era el día de San Valentín. Siguiendo la tradición, lo festejaban el catorce de febrero, y por la mañana se intercambiarían cuidadas tarjetas y pequeños regalos. Todo ello de manera perdidamente romántica y estrictamente anónima, puesto que se suponía que lo que recibían eran las secretas ofrendas de unos admiradores enfermos de amor, a pesar de que el señor Whitehead, el anciano jardinero inglés, y Tom, el mozo de cuadra irlandés, eran prácticamente los dos únicos hombres a los que se podía, como mucho, sonreír durante la época de clases.

Probablemente, la única persona que no iba a recibir ninguna tarjeta en todo el colegio era la directora. Todos sabían que a la señora Appleyard no le gustaba celebrar el día de San Valentín, y que desaprobaba esas ridículas felicitaciones que solían abarrotar las repisas de las chimeneas hasta la llegada de la Pascua, y que daban a las sirvientas tanto trabajo extra como la propia entrega anual de premios. ¡Y qué repisas de chimenea! Dos de mármol blanco estaban situadas en el gran salón, y se apoyaban sobre parejas de cariátides tan firmes como el propio busto de la directora. Y había otras de madera tallada, adornadas con un millar de titilantes y diminutos espejitos. El colegio Appleyard era, ya en el año 1900, todo un anacronismo arquitectónico en medio de la abrupta maleza australiana. Un lugar incongruente, sin esperanza, propio de otra época y de otro continente. La tosca mansión de dos plantas constituía una de esas intrincadas edificaciones que brotaron por toda Australia como hongos exóticos tras el descubrimiento del oro. La razón por la que alguien pudo llegar a pensar que aquel terreno llano y escasamente arbolado, situado a pocos kilómetros de la localidad de Macedon y agazapado al pie del monte, podía ser un lugar apropiado para la construcción de una casa como aquella es algo que nadie podría desentrañar jamás. No podía deberse al insignificante arroyo que serpenteaba pendiente abajo por la

parte posterior de la propiedad de diez acres, y que formaba una serie de charcas de poca profundidad, que no resultaba lo que se dice atractivo para servir de marco paisajístico a una mansión de corte italianizante; y tampoco a los ocasionales atisbos de la neblinosa cumbre del monte Macedon, al este, en el lado opuesto del camino, que se podían captar a través de una cortina de eucaliptos descortezados, cuyos troncos parecían caer en hebras hacia el suelo. Y, sin embargo, allí se construyó, con sólida piedra de Castlemaine, quizá para que soportara mejor los estragos del tiempo. El primer propietario, cuyo nombre todo el mundo había olvidado hacía mucho, vivió en ella solo un año o dos antes de que la antiestética y enorme casa quedara vacía y fuera puesta en venta.

Los amplios terrenos, que constaban de huertas y jardines plagados de flores, de corrales de cerdos y de gallineros, de zonas sembradas y extensiones de césped donde se jugaba al tenis, mostraban ahora un aspecto espléndido gracias al señor Whitehead, el jardinero inglés que seguía al cargo. Había varios vehículos en los hermosos establos de piedra, todos ellos en perfecto estado. El espantoso mobiliario victoriano estaba tan bien conservado que parecía nuevo, con esas repisas de chimenea de mármol traído directamente de Italia, y montones de gruesas alfombras Axminster. En la escalera de cedro, varias estatuas de inspiración clásica levantaban en alto sus lámparas de aceite; había un piano de cola en el amplio salón, e incluso una torre cuadrada, a la que se accedía por una estrecha escalera circular, y desde la que podían izar la Union Jack el día del cumpleaños de la reina Victoria. Para la señora Appleyard, que había llegado de Inglaterra con unos buenos ahorros y un montón de cartas de presentación para algunas de las familias más ilustres de Australia, la mansión, que se alzaba tras un muro bajo de piedra, a una distancia considerable del

camino que llevaba a Bendigo, resultó impresionante desde el principio. Sus ojos, del color marrón de la gravilla, siempre alerta ante la posibilidad de dar con una ganga, decidieron que aquel lugar tan increíble resultaba idóneo para establecer un exclusivo internado para señoritas —mejor aún que la Universidad— y tan caro como fuera necesario. Para regocijo del agente inmobiliario de Bendigo que le enseñó la propiedad, decidió quedarse con todo en ese mismo instante, jardinero incluido, tras llegar a un acuerdo sobre una reducción en el precio por pago al contado. Y luego se instaló.

Jamás se llegaría a saber si la directora del colegio Appleyard (como se rebautizó de inmediato a aquel particular *elefante blanco local*, con unas letras doradas grabadas sobre una hermosa placa situada en las enormes puertas de hierro) contaba con algún tipo de experiencia previa en lo que al campo educativo se refiere. Resultaba de todo punto innecesario. Con su alto copete ya canoso y su enorme busto, elementos tan estrictamente controlados y disciplinados como sus propias ambiciones personales, y con el camafeo de su difunto esposo cayendo rotundo sobre su respetable pecho, la majestuosa desconocida era justo lo que los padres esperaban de una directora inglesa. Y, como es bien sabido, ofrecer el aspecto que se espera de alguien constituye más de la mitad de la batalla ganada en cualquier iniciativa empresarial, desde *Punch y Judy* hasta la emisión de acciones en la Bolsa. En consecuencia, el colegio fue un éxito desde el principio, y cuando el primer curso llegó a su fin arrojó unos dividendos más que satisfactorios. Todo esto sucedió casi seis años antes de que la presente crónica diera comienzo.

San Valentín es imparcial en sus favores, y aquella mañana no solo recibieron tarjetas y regalos las chicas más jóvenes y hermosas. Miranda, como de costumbre, tenía un cajón entero



de su armario lleno de afectuosas tarjetas ornadas de encajes, aunque el cupido que le había llegado desde Queensland, dibujado a mano por su hermanito Jonnie, y la sucesión de besos escritos a lápiz con la letra grande y afectuosa de su padre, ocupaban el lugar de honor sobre la repisa de mármol de la chimenea. Edith Horton, simple como una rana, había abierto con aire de suficiencia al menos once tarjetas, e incluso la pequeña señorita Lumley sacó en la mesa del desayuno una en la que se veía una paloma un tanto biliosa, y sobre la que se podía leer la inscripción *TE ADORO POR SIEMPRE*. Era de suponer que semejante declaración provenía del gris e indescifrable hermano que la había visitado el trimestre pasado. ¿Quién más, razonaban las florecientes niñas, podría profesar tal adoración por la miope y joven institutriz, siempre vestida de sarga marrón y calzada con unos sempiternos zapatos de tacón plano?

—Le tiene mucho cariño —dijo Miranda, tan benévola como siempre—. Vi cómo se daban un beso de despedida en la entrada.

—Pero querida Miranda... ¡Reg Lumley es una criatura tan sombría! —Irma se echó a reír mientras sacudía sus oscuros rizos de una manera muy característica, y se preguntaba por qué el sombrero de paja de la escuela resultaba tan poco favorecedor. Encantadora y radiante a sus diecisiete años, la joven heredera carecía de vanidad personal o de orgullo por todo lo que poseía. Deseaba que la gente y las cosas fueran hermosas, y se prendía en el abrigo un manojo de flores con tanto placer como lo haría con un impresionante broche de diamantes. En ocasiones, podía sentir una punzada de dicha por el mero hecho de contemplar el tranquilo rostro ovalado de Miranda y su pelo liso, del dorado color del maíz. Su querida Miranda, que ahora miraba con ojos soñadores hacia el jardín iluminado por el sol:

—¡Qué día tan maravilloso! ¡Estoy deseando que salgamos al campo!

—¡Escuchadla, niñas! ¡Cualquiera diría que el colegio Appleyard se encuentra en una barriada de Melbourne!

—Los bosques... —dijo Miranda—. Con sus helechos y sus aves... Como los que tenemos en casa.

—Y las arañas —dijo Marion—. Me habría encantado que alguien me hubiera enviado un mapa de Hanging Rock como tarjeta de San Valentín. ¡Podría haberla llevado al picnic!

A Irma siempre le impresionaba comprobar el extraordinario nivel de conocimientos que poseía Marion Quade, y ahora quería saber quién podría desear mirar un mapa en pleno picnic.

—Yo misma —dijo Marion con toda sinceridad—. Me gusta saber a todas horas dónde estoy exactamente.

Famosa por dominar la técnica de las divisiones largas casi desde la cuna, Marion Quade había pasado la práctica totalidad de sus diecisiete años entregada a una búsqueda incesante del saber. No era de extrañar que, con esos finos e inteligentes rasgos suyos, esa nariz tan sensible, que parecía estar siempre tras la pista de algo que llevara mucho tiempo esperando y persiguiendo, y sus delgadas y ágiles piernas, hubiera acabado teniendo el aspecto de un galgo.

Las chicas comenzaron entonces a hablar acerca de sus tarjetas de San Valentín.

—¡Alguien tuvo la osadía de enviarle una tarjeta a la señorita McCraw sobre un papel cuadriculado, lleno de pequeñas sumas! —dijo Rosamund.

De hecho, dicha tarjeta era el resultado de la inspiración momentánea de Tom, el Irlandés, quien, incitado por Minnie, la doncella, pensó que aquello podía resultar divertido. La profesora, que tenía cuarenta y cinco años y se encargaba

de abastecer de conocimientos matemáticos de nivel superior a las niñas mayores, la recibió con una seca aprobación, ya que las cifras, a los ojos de Greta McCraw, resultaban mucho más aceptables que las rosas y las nomeolvides. La mera visión de una hoja de papel salpicada de números le reportó un instante de profunda y secreta alegría; una sensación de poder, al comprender que con un lápiz, y tras hacer un único apunte o dos, podría resolver aquellas operaciones. Dividir, multiplicar, reorganizar las cifras, hasta llegar a nuevas y milagrosas conclusiones. La tarjeta de Tom, aunque él nunca llegara a saberlo, fue todo un éxito. La que eligió para Minnie mostraba un corazón sangrante (obviamente, en las últimas etapas de algún tipo de enfermedad mortal) embutido entre un montón de rosas. Minnie estaba encantada, como encantada estaba Mademoiselle con un antiguo grabado francés de una rosa solitaria. De este modo, San Valentín se encargó de recordarles a las internas del colegio Appleyard que el amor podía mostrarse bajo muy diferentes matices.

Mademoiselle de Poitiers, que enseñaba danza y conversación francesa, y que se encargaba además de vigilar el buen estado de los armarios de las alumnas, iba y venía afanosamente, presa de una fiebre de maravillada expectación. Al igual que las niñas que estaban a su cargo, llevaba un sencillo vestido de muselina, pero ella se las ingenió para parecer más elegante gracias a la adición de un amplio cinturón de lazo y un sombrero de paja que le cubría los ojos. Tenía tan solo unos pocos años más que algunas de las niñas mayores, y estaba tan encantada como ellas ante la perspectiva de escapar de la asfixiante rutina del colegio durante todo un largo día de verano, así que correteaba de acá para allá entre las niñas que iban a reunirse en el porche delantero para que se pasara lista por última vez.